

Por España, y por la dinastía

Posted on 28 de octubre de 2014 by Javier Rupérez

Cuando en los libros de historia del futuro quede resumido el largo reinado (1975-2014) de Juan Carlos I de España, las líneas que describan la época deberán certificar que el período contempló el mejor momento que recordarse pueda en la vida del país y de sus habitantes en lo referente a libertad, estabilidad, prosperidad y reconocimiento exterior. No resulta exagerado afirmar que bajo la restaurada monarquía del Borbón español, España conectó con lo mejor de sí misma, al tiempo que sintonizaba sus comportamientos con el entorno internacional, en términos y maneras que no había logrado conseguir desde al menos el final del siglo XVIII. Naturalmente, los méritos de tal éxito, durante mucho tiempo motivo de admiración y encomio para propios y extraños, no se debieron en exclusiva a las acciones inspiradas por el rey, pero no cabe ocultar que su impulso fue decisivo para alcanzar esas altas cotas de satisfactoria visibilidad para un país que salía de una dictadura personal que se había prolongado durante casi cuatro décadas, producto ella de una sangrienta guerra civil, a su vez continuación de un desgraciado siglo de pérdidas territoriales, enfrentamientos fratricidas, retraso económico y convulsión social. La restauración monárquica de 1975 coincidió, no por casualidad, con la instalación de la democracia en España. Y ese hito inolvidable quedará para siempre y con justicia asociado a la figura de Juan Carlos I.

Laurence Debray participa plenamente de esa convicción, que forma en lo fundamental el

sustrato de su libro. Y que, en algunas ocasiones, arrebolada como evidentemente estuvo ante las hazañas y los encantos de su biografiado, se desliza insensiblemente hacia los terrenos de la hagiografía: «¿No se encuentra Juan Carlos cansado de vivir bajo presión? No ha conocido otra cosa desde que llegó a España, bajo la tutela de Franco. El cansancio y el desgaste deben seguramente agobiarlo algunas noches. Trabaja sin tregua, no cuenta las noches de insomnio, los innumerables desplazamientos y las reuniones agotadoras. Con cuarenta años apenas, el ejercicio del poder ya le ha marcado el rostro, que ha perdido la lozanía de la juventud. El rictus tenso deja adivinar la presión a que debe hacer frente día tras día para cumplir hasta el final la misión histórica para la que ha sido educado. Juan Carlos ha asumido íntegramente la dimensión predestinada de su función, que va mas allá de la simple ambición positiva y el hambre de poder» (p. 385). En esa misma onda, y cual si se tratara de un Leitmotiv, la escritora multiplica los pasajes que subrayan la voluntad sacrificial imprescindible para desempeñar la suprema responsabilidad monárquica. El lector puede llegar a preguntarse por la veracidad de lo que el texto describe: si tan dura e insoportable es la tarea, ¿vale realmente la pena esforzarse tanto para alcanzarla? ¿No existe ninguna contraprestación que haga digerible tan ardua tarea? ¿Acaso la detentación, disfrute y ostentación del poder, por limitado y representativo que resulte, no puede servir de consuelo para las almas educadas en su ejercicio y sedientas de su recuperación?

Juan Carlos de España debería llevar como subtitulo «Historia Heroica de un Monarca». En efecto, la escritora concibe su narración en los términos épicos normalmente asociados a la vida del héroe en sus diversas etapas de ascenso, triunfo y declive, y en ello conecta inconscientemente con los protagonistas de la mitología y, conscientemente –ella misma lo recuerda–, con el mundo shakespereano tejido de asechanzas, incertidumbres, conjuras y deslealtades. La diferencia está en el final de la historia: tropiezos y errores, incumplimientos e infidelidades, no podrán empañar la ejecutoria del protagonista en la realización de su destino y su correspondiente legado secular: «Juan Carlos encarna con majestad la función real […]. Lo cual requiere una disciplina cotidiana implacable y un sentido del deber a toda prueba: sacrificar la propia persona para ponerla al servicio de la patria y de la Corona. Para asumir semejante carga a largo plazo hay que creerse predestinado» (p. 518). Difícilmente podrían encontrarse en los escritos contemporáneas de autores españoles nociones tan entusiásticamente dedicadas a explicar lo inefable: la justificación última y contemporánea de la institución monárquica y del oficio de rey. En otro momento, cuando narra la renuncia en 1977 de los derechos dinásticos por parte de Don Juan a favor de su hijo, ya rey de España, la autora, siguiendo en ello la inspiración de Pilar Urbano, anota: «Don Juan se pone en posición de firmes, inclina la cabeza delante de su hijo, que difícilmente contiene la emoción. Aunque se viera reducido a la mínima expresión, el acto pone de manifiesto la entrega del soberano sacrificado. Son esas actitudes que sólo se pueden tener si se

pertenece a la casta de los reyes. Y Don Juan lo tenía todo de la casta de un rey» (p. 361). El héroe queda así situado en un plano sobrehumano. Aunque el viejo prurito jacobino –no en balde, la autora del libro es francesa e hija del en su tiempo revolucionario Regis Debray– recupera en ocasiones sus exigencias. Comentando la boda del entonces príncipe Felipe con la periodista Letizia Ortiz en 2004, la escritora apunta: «Dado que la familia real reina sobre todo gracias al privilegio de la sangre, ahora que esa sangre es en su mitad plebeya, la justificación del rango de sus miembros resulta cada vez menos válida. A fuerza de casarse con la clase media, la sangre de la dinastía se hace cada vez menos azul, luego cada vez menos portadora de prerrogativas» (p. 510).

Es esta una biografía que no tiene la pretensión de convertirse en el texto de referencia sobre Juan Carlos y su reinado, por más que se presente abundante y engorrosamente acompañada de citas al modo académico, con el nombre del autor y el año de la aparición del texto citado, presumiblemente encaminadas a demostrar que la escritora ha leído mucho pero, involuntariamente, conducentes a la sensación de que se trata de un volumen compuesto de retales. Las referencias a los archivos diplomáticos franceses y británicos, y los resúmenes de las conversaciones que Debray mantuvo en España –la inmensa mayoría de ellas con personas situadas en la órbita del PSOE–, no alteran el conocimiento que el español informado pueda haberse hecho de la figura del rey Juan Carlos I y de las alternativas por las que osciló su reinado. El libro, de otro lado, se hubiera beneficiado de una mayor precisión sobre hechos y fechas. Por ejemplo, el embajador estadounidense declinó «la invitación del rey para asistir al desfile del día de la Hispanidad y a la recepción posterior en el Palacio Real» (p. 464) en 2004, ya en tiempos del presidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero, no como consecuencia del enfado del presidente estadounidense George W. Bush por la retirada de las tropas españolas de Irak, sino como consecuencia del enfado del propio embajador, quien en 2003, todavía bajo el mandato del presidente del Gobierno José María Aznar, había contemplado cómo, en esa misma ocasión, Zapatero permanecía ostensible y agresivamente sentado mientras desfilaba un destacamento de tropas aliadas de España, y entre ellas las estadounidenses con su correspondiente bandera, y cuando todo el resto de los asistentes en las tribunas de invitados se habían levantado en señal de respeto. O, por ejemplo, cuando dice que, tras el golpe de Estado del 23 de febrero de 1981, «los diputados vuelven a las Cortes el mismo día de su liberación para aprobar finalmente la investidura de Calvo-Sotelo» (p. 436). La investidura definitiva de don Leopoldo –quien, por cierto, recibió el voto de la mayoría absoluta de los diputados– se celebró el 25 de febrero, y no el 24, como da a entender la señora Debray.

Pero, qué duda cabe, el libro está bien trabado y se lee con la fluidez que normalmente se asocia a los folletines. Y es que la historia de Juan Carlos, sobre todo en la primera mitad de

su vida, tiene mucho de tal. Es en la narración de ese período, que ocupa más de la mitad de las páginas del volumen, donde se concentra lo más vivo de la narración heroico-shakespeareana: el hijo desvalido de una familia de prosapia obligada al destierro, los dolorosos tránsitos geográficos y emocionales, las complicadas relaciones paterno-filiales, el alejamiento del entorno familiar para educarse bajo la ambigua y, al tiempo, acogedora figura del sátrapa, los silencios obligados por una situación incierta, las esperanzas de la futura grandeza y la realidad cotidiana de las pequeñas o grandes humillaciones, la práctica adquirida en ocultar sentimientos e ideas. Todo en aras de una meta que a ratos aparece como inalcanzable: ceñir la Corona. Seguramente donde Debray encuentra sus mejores registros, presentes de manera más o menos visible a lo largo del texto, es en la evocación de esa disciplina cuyo premio se sitúa de manera pareja en el servicio a España y a la Corona. ¿Existe alguna relación de prelación entre ambos elementos? No se sabe y, si se sabe, no se dice, pero queda muy explícito que la restauración de la monarquía vale muchas misas: mostrarse obediente y solícito con Franco, soportar sin rechistar las preferencias de doña Carmen Polo por el novio de su nieta Carmen Martínez-Bordiú, y primo hermano de Juan Carlos, Alfonso de Borbón y Dampierre, y naturalmente, cima del drama shakespeareano, la traición del hijo al padre al aceptar la Corona en detrimento de los mejores derechos dinásticos del progenitor. Quien, a la postre, consciente del embate, acaba por ceder sus derechos al hijo respondón, en un gesto que puede tener tanto de grandeza como de pragmatismo: o se aceptaba el rey que Franco había elegido o no había monarquía. Al menos en esa rama familiar.

Debray concede la importancia que indudablemente revisten para la historia de España y para la vivencia de su personaje los grandes momentos vividos por la ciudadanía tras la muerte del general Franco, cuando Juan Carlos se convierte en impulsor decidido de la democratización del país, cediendo todos y cada uno de los poderes que el dictador había depositado en sus manos y, un poco más tarde, el 23 de febrero de 1981, cuando sólo la intervención decisiva del monarca pudo salvar a la naciente democracia hispana de las consecuencias del «tejerazo», el golpe de Estado orquestado por el teniente coronel de la Guardia Civil, Antonio Tejero, en sintonía como destacados jefes militares, como los generales Jaime Milans del Bosch y Alfonso Armada. No faltan las imprescindibles alusiones a las ambigüedades resultantes de la larga relación de confianza entre este último y el rey, así como a las especulaciones que esa relación desencadenó en la opinión pública española. Tiene también buena razón la autora al subrayar la trascendencia que la figura y la actividad de su biografiado han tenido para el relanzamiento de las relaciones internacionales de España. No lo dice así, pero su sentido resulta transparente: Juan Carlos I fue durante su reinado, incluso en los momentos de su decadencia física y política, el mejor embajador con que España pudo soñar. No parece muy adecuado, sin embargo, diseñar su figura como si del

«Rey del Pueblo» se hubiera tratado, en una posiblemente involuntaria asociación con la «Princesa del Pueblo» que fuera la llorada Diana, princesa de Gales, pero el acercamiento sirve también para recordar las características personales del que fuera monarca: un ser a la vez tímido y extravertido, dado a las confidencias y protegido de ellas por un silencio incólume y responsable, castizo y faldero, listo e inculto, próximo pero a la vez lejano y misterioso. De algunas de esas características están hechas algunas de las páginas satíricas de Valle-Inclán. Aunque, todo hay que decirlo, una respetable distancia separa las consecuciones e incluso las andanzas del penúltimo de los Borbones, de las que, según sabemos, deparó a la consideración pública su real tatarabuela doña Isabel II.

El final del libro, como el final de la historia, está teñido de melancolía. En el momento de la abdicación del rey en 2014, ni su figura ni la institución que representa, ambas estrechamente unidas en la percepción de los españoles, gozan ya de la popularidad que tuvieron en los mejores momentos y el país atraviesa por su peor crisis desde que Juan Carlos accediera al trono en 1975. Una crisis que, entre otros graves factores, incluye uno existencial: la vileza de las reclamaciones de los separatistas catalanes está poniendo en cuestión la unidad de España. ¿Sobreviviría la monarquía a la secesión? «¿No pasará de ser el juancarlismo un paréntesis en la historia de España?», se interroga Debray. Y responde de manera tentativa: «Todo depende ya del carisma de su sucesor. En los últimos años, a medida que el padre ha ido perdiendo esplendor, Felipe, a quien afortunadamente no le gusta la caza y comparte con su generación preocupaciones medioambientales, ha ido ganando enteros» (p. 488).

Laurence Debray acabó su libro antes de que se produjera la abdicación de Juan Carlos I, pero para la versión española, aparecida unos meses más tarde –y pulcramente traducida, todo hay que decirlo–, incluyó una coda breve que retoma ardorosamente los sentimientos de admiración que le produce el rey dimisionario y en la que, por apresuramiento o falta de reflexión, no encuentra lugar para el análisis del momento. Hubiera entroncado bien con el resto de sus páginas: una abdicación cuidadosamente milimetrada en el tiempo y dirigida a garantizar la continuidad institucional en el último instante en que un líder saliente del PSOE, todavía seguidor de la ortodoxia constitucional, podía garantizar la adhesión de sus huestes parlamentarias al procedimiento fijado para el trámite y calculada para evitar que una previsible mayoría antimonárquica en las Cortes en un futuro a medio plazo pudiera arrojar dudas sobre la continuación de la monarquía. Un rey que, como hiciera su padre, bien que en circunstancias diferentes y, sobre todo, tras haber reinado, renuncia a la Corona a favor del legítimo heredero por el bien de España. Y de la dinastía. ¿Se convertirán en «felipistas» quienes antes fueron fervientes «juancarlistas»? ¿Quedará la monarquía sólidamente instalada en la institucionalidad española por encima y más allá de quienes sean sus

titulares? ¿O acaso hemos entrado ya definitivamente en una época en la que la institución, desprovista ya de sus justificaciones trascendentales, vale lo que vale el que la representa? Don Felipe VI, los españoles y el tiempo nos darán la respuesta.

Cuenta Laurence Debray en el prólogo las desavenencias que tuvo con su revoltoso padre. Unas, debidas a los intentos del progenitor para convertir a la niña en una ardorosa socialista. Otras, debidas a la negativa paterna a que la niña fuera bautizada. No relata en qué acabó la pretensión antirreligiosa, si hubo finalmente bautizo y si la iniciación cristiana se vio prolongada en algún tipo de reflexión evangélica. Porque, si así fuera, bien hubiera podido tener la autora la tentación teológico-literaria de comenzar su libro con una cita. Se encuentra en el Evangelio de San Juan, capitulo 1, versículo 6, y dice: «Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes». De pequeño lo llamaban Juanito. Y con ese nombre lo ha tratado siempre su mujer, la reina Sofía. Un poco de providencialismo nunca viene mal.

Javier Rupérez es académico correspondiente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Sus últimos libros son *El espejismo multilateral. La geopolítica entre el idealismo y la realidad* (Córdoba, Almuzara, 2009), *Memoria de Washington. Embajador de España en la capital del imperio* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2011) y, con David Vítores, *El español en las relaciones internacionales* (Barcelona, Ariel/Fundación Telefónica, 2012).

Autor: Laurence Debray

Edicion: Madrid, Alianza, 2014

Paginas: 544 pp. 22 €

Titulo: Juan Carlos de España